
Historia de Borges

El joven Borges

Había una vez un joven escritor que hizo los versos de *Fervor de Buenos Aires*, *Luna de enfrente* y *Cuaderno San Martín*. Cuarenta años después, en 1969, al publicar, corregido, el primero de estos libros, se rememoraba:

«En aquel tiempo, buscaba los atardeceres, los arrabales y la desdicha; ahora, las mañanas, el centro y la serenidad.»

En efecto, estos libros están transidos de crepuscularismo solitario. El poeta, sólo, busca calles ensimismadas y plazas vacías (o las encuentra, demostrando que las busca). Prefiere la hora del ocaso, en que los objetos se borran y afectan desaparecer. La tarde actúa como prefacio de la noche, donde las cosas caen en indiferencia y todo parece volver a la indistinción del caos, a los momentos indescifrables que anteceden al tiempo. La noche, es, además, el lugar del sueño, en que se puede fantasear el carácter efímero del mundo, espuma de toda ensoñación (*Träume sind Schäume*). Por fin, la noche es el continente romántico, que va desde los cantos de Novalis al dúo de los amantes wagnerianos. He allí a Borges en el joven Borges: soledad, conjetura del mundo, tentación romántica.

El poeta ve, laterales a las calles: los cementerios, las tumbas de los antepasados, los patios de las casas del siglo anterior, objetos que recuerdan las batallas de antaño. La noche evita la actualidad de la ciudad creciente, la multitud atareada, las avenidas de trajín masivo. Pero, contemplador del sepulcro patricio o caminador sin compañía, el poeta se vive efímero, es decir, que considera efímeras su muerte y las muertes de los otros:

*...son venales las muertes
si las pensamos como parte del tiempo, esa inmortalidad infatigable
que anonada con silenciosa culpa las razas...*

Un par de símbolos son generados por la secuencia ocaso-noche: el amanecer, que trae el horror de las cosas «claras y distintas», el insufrible giro de la vida, y el ciego, poseedor de una siniestra dicha, la de no salir de la noche.

En la celebración del crepúsculo, de la tarde, hay un reconocimiento de identidad: el poeta es tardío, ha llegado tarde, este tiempo no es el suyo. Hay elegía en sus versos, un canto mortuorio a lo pasado y su tenue huella («hoy las calles recuerdan que fueron campo un día»), la contraposición —también— del pretérito como seguridad y el hoy como incertidumbre («los patios y su antigua certidumbre»). Hay algo de fin de raza

en el joven poeta que se recuerda descendiente de estancieros y militares, hombres del riesgo campesino decimonónico:

*Soy un pueblerito y ya no sé de esas cosas,
soy hombre de ciudad, de barrio, de calle.*

El porteño a destiempo celebra a Montevideo: «Eres la Buenos Aires que tuvimos». La historia ha terminado, la identidad es, por fin, la de un sobreviviente: «Creo profundamente que eso es todo y que ni veré ni ejecutaré cosas nuevas», admite ya en 1925.

Este Borges puede ser definido, sin peligro, como porteñista. Sus versos abundan en un vocabulario coloquial de ciertas zonas de Buenos Aires y mencionan lugares concretos de la ciudad. El caminador ocioso frecuenta novias anónimas, patios, velatorios y cementerios, todo bastante peculiarizado. Su barrio de niño, Palermo, es objeto de especial consideración y he allí la *Elegía de los portones* (1929) para acreditarlo. No hay siquiera pudor ante lo pintoresco, traducido al mundo del mito, el haz de mitos que, fuera de la historia, fundacionales e incorruptos, definen a Buenos Aires: una manzana en el barrio de Palermo, el almacén, el juego del truco, la cigarrería, Yrigoyen, el corralón, el desierto, la tarde, los hombres que comparten un pasado ilusorio (en verdad, la ciudad es eterna como el agua y el aire y, por lo tanto, carece de pasado), el tango con su organillero, en suma: el folklore de la *Fundación mítica de Buenos Aires*, hecha en 1929 y rehecha en 1969, como para señalar que el tiempo, a pesar de cierto Borges, le atañe y la modifica.

Este recurso al mito, la oposición de la peculiaridad efímera y el arquetipo eterno e inmarcesible recortan una constante preocupación borgiana: la lucha contra la muerte, de la que es posible salir victorioso con recursos varios: negando la realidad de la historia (y, por lo mismo del tiempo y del espacio, de lo sucesivo y lo simultáneo), proclamando la realidad de lo arquetípico, disolviendo la identidad personal (si soy nadie, entonces no puedo morir), corroyendo la legitimidad del mundo objetivo con la sospecha de que es meramente onírico (nadie ni nada, entonces, muere, porque nada ni nadie muere en los sueños).

Pero este Borges que considera «la prolijidad de lo real» como «la mayor congoja» no se agota a sí mismo. Hay también un Borges que acepta la historia como una realidad ineluctable y su valor como fuente de la identidad:

*Ciegamente reclama duración el alma arbitraria
cuando la tiene asegurada en vidas ajenas,
cuando tú mismo eres el espejo y la réplica
de quienes no alcanzaron tu tiempo
y otros serán (y son) tu inmortalidad en la tierra.*

Y el mismo tono escogido para retratar y celebrar a Buenos Aires es una modalidad histórica: elegir la elegía es admitir que el tiempo cambia las cosas, aunque se prefiera lo antiguo a lo nuevo, el pobre barrio Norte de antaño al pretencioso y palaciego de hoy. Las adhesiones son claras: la Argentina anterior al ochenta, un país

rural, guerrero, noble, duro, ascético, cuya contrafigura es este tiempo urbano, pacífico, plebeyo, cómodo, hedonista, que elige la queja del tango antes que la epopeya del batallador solitario, suerte de sacerdote del coraje. Al evocar esta primera etapa de su obra, que se cierra con *Evaristo Carriego* en 1930, Borges escribe el párrafo famoso que, no por repetido, deja de ser gráfico y útil. Lo hace en 1955, otro año significativo, al reeditar este último libro:

«Yo creí, durante años, haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y de ocasos visibles. Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas, y en una biblioteca con ilimitados libros ingleses... ¿Qué había, mientras tanto, del otro lado de la verja con lanzas? ¿Qué destinos vernáculos y violentos fueron cumpliéndose a unos pasos de mí...?»

Los pares de opuestos son elocuentes:

- 1) Suburbio-Casa.
- 2) Calle, aventura, espacio abierto — Jardín, biblioteca, encierro, rutina.
- 3) Destino vernáculo y violento — Destino extranjero y pacífico.
- 4) Historia — Mito.

Estos polos dinamizan la obra borgiana, son su dialéctica, más allá de las censuras conscientes que el *Borges-casa* ha hecho al *Borges-calle*. Anoto dos:

«Durante muchos años, en libros ahora felizmente olvidados, traté de redactar el sabor, la esencia de los barrios extremos de Buenos Aires...»

Y la confutación (justa, desde luego) del nacionalismo argentino, «como si los argentinos sólo pudiéramos hablar de orillas y estancias y no del universo» (del universo que, como explica reiteradamente Borges, nunca está en sí mismo, sino en todas partes, por ejemplo en las orillas y estancias argentinas).

Un libro-bisagra.

Evaristo Carriego aparece en 1930 y sirve de bisagra entre la primera y la segunda etapas de la obra borgiana. Se las puede caracterizar rápidamente así: la primera época es dominante de poesía, peculiarismo porteñista, contactos con la vanguardia (ultraísmo), revistas *Proa* y *Martín Fierro*, preocupación por lo inmediato y contemporáneo, estética de experimentación (reducida a lo casero, según Borges juzgará oportunamente). La segunda época es predominantemente de prosa (ensayo breve y narración especulativa, sobre todo), cosmopolita, de un sesgo neoclásico que se reclama —sobre todo— de los clásicos ingleses del XVIII, revista *Sur*, desdén por la noticia del momento y del lugar. Políticamente, un paso que va del liberalismo al irigoyenismo marca a un joven Borges algo inquieto por la materia, inquietud que desaparece en 1930 para reavivarse con la guerra mundial en 1939 (con las zozobras de Inglaterra, ante todo) y el advenimiento del peronismo en 1945.

Aunque la homología es un poco fácil, puede hacerse a partir de que, en 1930, el libro-bisagra coincide con un año-bisagra en la historia argentina: termina medio siglo de estabilidad (primero oligárquica y luego democrática) y de neutralismo militar, con el *putsch* del general Uriburu, que ocurre el 6 de septiembre. En verdad, suceden el

crack económico de 1929 y el colapso del modelo nacional argentino forjado en la década 1870-1880, que no es del caso analizar aquí. Empieza el período luego llamado «década infame» (1930-1943), momento de parálisis económico-social del que se empieza a salir en 1939, con la industrialización forzada por la guerra y el auge de las ideologías nacionalistas. Este tiempo estancado es propicio para la introversión del segundo Borges.

Hacia 1929, la Argentina ve detenido el desarrollo de su modelo como país. Deja de tener futuro, por decirlo con truculencia. Esta cesación del devenir hace que no se pueda definir el presente como tal, o sea como proyecto, y prohija cierta confusión entre el presente y el pasado. La salida borgiana ante este frenazo de la historia es la invención de un pasado apócrifo (recurso agradecido, por otra parte, en un país con un pasado real escaso). La dificultad para aceptar el pretérito como tal, que sólo se admite cuando se tiene una conciencia segura de presente (dada por la certeza del proyecto) redundante en una plenitud apócrifa del tiempo, en que la leyenda sustituye a la historia, o sea al pasado muerto y convertido en documento. Por esto escribe Borges:

«... de mí confesaré que no suelo oír *El Marne* o *Don Juan* sin recordar con precisión un pasado apócrifo, a la vez estoico y orgiástico, en el que he desafiado y peleado para caer, al fin, silencioso, en un oscuro duelo a cuchillo.»

En el segundo Borges domina la casa sobre la calle, el encierro de la cultura que es, a la vez, protección y mutilación. Es el tiempo del libro leído por el prisionero de la biblioteca, libro que se sustituye al universo, que se impone como lectura prescindente de toda cosa que no sea el mismo discurso leído, simplificando, tal vez groseramente: como arte a expensas de la vida. Al cabo de los años, Borges ensayará explicar esta actitud:

«La *actualidad candente*, que nos exaspera o exalta y que con alguna frecuencia nos aniquila, no es otra cosa que la reverberación imperfecta de viejas discusiones... De ahí que el verdadero intelectual rehuya los debates contemporáneos: la realidad es siempre anacrónica.»

También ensayará lamentarse por ella:

*Mi mente
se aplicó a las simétricas porfías
del arte, que entreteje naderías.
.....
No me abandona, siempre está a mi lado
la sombra de haber sido un desdichado.*

En el libro-bisagra, los dos Borges se oponen y conviven. No disputan, se yuxtaponen. Por esto, son más fáciles de ver.

Hay, por ejemplo, como nunca después ni antes, un Borges preocupado por ciertas precisiones sociológicas, aunque sean impresionistas. Véanse algunas:

«Ser implica una más inmediata posesión de la realidad, un atropellar el primer gusto áspero de las cosas: conocimiento que parece faltar a los ricos, como si todo les llegara filtrado. (El guapo es) ... todo cultor del coraje o profesional del barullo.»